

Serie: “GÉNESIS. El Origen de todas las cosas”

¡S.J.A.!

Título: “Un mensaje reconfortante en medio de la incertidumbre”.

Lectura: Gn. 22:1 al 8 – Sal. 22:1 al 32 – He. 9:22

Versículos clave:

Gén. 12.1 al 3: *“Pero Jehová había dicho a Abram: Vete de tu tierra y de tu parentela, y de la casa de tu padre, a la tierra que te mostraré. Y haré de ti una nación grande, y te bendeciré, y engrandeceré tu nombre, y serás bendición. Bendeciré a los que te bendijeren, y a los que te maldijeren maldeciré y serán benditas en ti todas las familias de la tierra”.*

La presente serie es un resumen de la literatura citada al pie del presente escrito y algunas apreciaciones personales.

INTRODUCCIÓN:

Desde el comienzo de la historia, el hombre comprendió que la maldad de su vida tenía consecuencias. Así, para cubrir la vergüenza de su desnudez producida por su desobediencia provocó que animales fueran sacrificados para cubrirlo (Gen. 3:21).

En el protoevangelio de Gen. 3:15 Dios le indica al hombre que esa maldad causada por el enemigo de nuestras almas sería vencida por alguien descendiente de la mujer. De esa descendencia vino Abraham que tuvo la promesa de que de él provendría una nación santa... ¿Pero cómo eso sería posible si él en reiteradas oportunidades había mostrado que era un hombre tan pecador como el resto como vimos en Gen 21?.

En este capítulo Dios le muestra a Abraham cómo sería esto posible indicándole que haga un sacrificio como un simple ejemplo de lo que siglos más tarde iría a suceder y que es profetizado en el Salmo 22.

Hay una voz en nuestras conciencias que es puesta por Dios y que solo es acallada por Él que nos marca que somos responsables por nuestros actos. Esa conciencia es torcida hacia un camino sin salida que Satanás utiliza para regañarnos, acusarnos y atormentarnos para conducirnos a terribles padecimientos psicológicos.

John Stott en su devocional “Toda la Biblia en un año” relata que cierta vez leyó una declaración de parte del director de uno de los grandes hospitales psiquiátricos de Inglaterra que decía: “Podría darle el alta médica mañana mismo a la mitad de mis pacientes si pudieran sentirse seguros de estar perdonados”(1)

UN MANDATO EXTREMO:

En esta ocasión Abraham recibe una orden a concretar que es una verdadera prueba de fe, siendo un anticipo de la difícil determinación que debería hacer Dios Padre con Jesucristo su único Hijo para morir en nuestro lugar...

Dios le dice: *“Ofrécelo allí”*. Este patriarca hubiera querido escuchar cualquier demanda de Dios, pero nunca esta. Abraham debe haber quedado devastado, quebrantado e impotente ante tal solicitud. Luego de varios minutos, tal vez horas, pudo reaccionar ante lo que había escuchado de parte de Dios...

La descripción que Dios le hizo a Abraham del gran sacrificio que tenía que realizar fue extremadamente clara. No cabe duda de que Dios pretendió que Abraham pudiera dimensionar con la mayor claridad posible el sacrificio que le estaba pidiendo...

Los hijos se consideraban en aquel tiempo (como para muchos también ahora) una posesión y estos, mientras estaban bajo la tutela del padre, eran obedientes al máximo. Así que Abraham sabía que todo dependía de su decisión, no de la de su hijo Isaac. Como padre debía desprenderse de la posesión más valiosa que poseía... ¡¡la que había esperado por tantos años!!..

Abraham tenía un solo hijo por lo que no podía elegir entre varios... Años más tarde, su nieto Jacob, ante la pérdida de un hijo (José) se consolaba viendo su otro hijo, Benjamín, pero este no era el caso...

Toda la pasión, interés y dedicación de Abraham estaba puesta en su único hijo a quien amaba más que cualquier otra cosa. Dios estaba pidiéndole que renunciara a la gran pasión que era su hijo. Tenía que sacrificar lo que tanto amaba...

Cuando el Apóstol Pablo explica cuánto nos ama Dios y cómo está dispuesto a darnos todo lo que nos hace falta, hace referencia a la entrega de Su Hijo por nosotros (Ro. 8:32)... Este ejemplo de amor de Dios por nosotros lo llevó a estar dispuesto a entregar a su Hijo Unigénito para nuestra Salvación y bendición...

Así, Abraham y su único amado hijo de la Promesa, Isaac, se encaminaron a la caminata llevando los elementos necesarios para realizar el holocausto, yendo solos hacia el empinado monte Moriah (curiosamente donde posteriormente Salomón levantaría el Gran Templo de Israel y donde aún hoy vemos sus ruinas)...

Para este patriarca sin duda fue la caminata más larga de toda su vida. Cada paso que hacía era como el tictac del reloj, marcando los segundos que faltaban para el gran sacrificio, la gran entrega y el gran dolor. Caminaban solos, caminaban juntos...

Así, probablemente, fue como padre e hijo pasaron un tiempo sin hablarse, pero juntos. Esta imagen se levanta como testigo y anticipo de lo que sería aquella caminata que Dios Padre y Su Hijo Jesucristo hicieron desde el momento en que en la Eternidad se decidió que Cristo Jesús fuera a la cruz a morir en nuestro lugar...

CAMINARON EN SU DIVINIDAD JUNTOS cuando su Hijo nació en Belén de Judea. Los ángeles anunciaron su llegada (Lc. 2:9 al 11)...

CAMINARON EN SU DIVINIDAD JUNTOS cuando su Hijo fue bautizado por Juan el bautista (Mt. 3:16)...

CAMINARON EN SU DIVINIDAD JUNTOS cuando estuvo en el monte de la Transfiguración (Mt. 17:5)...

CAMINARON EN SU DIVINIDAD JUNTOS cuando fue al huerto del Getsemaní (Lc. 22:41 al 43)...

CAMINARON EN SU DIVINIDAD JUNTOS, pero allí debió ir solo en el momento de morir por todos nosotrs sus hijos (Mt. 27:46).(2)

¿POR QUÉ ME HAS DESAMPARADO? (SALMO 22)

CAMINARON EN SU DIVINIDAD JUNTOS Dios Padre con su amado y Unigénito Hijo en toda la Eternidad y luego de su Resurrección y lo continuarán haciendo por la Eternidad, con la sola excepción de la Obra de la Cruz donde Dios Padre DESAMPARÓ (no que lo abandonó porque son una única esencia), es decir “apartó de ÉL su Rostro”.

Este Salmo es, mucho más que todos los demás, «El Salmo de la Cruz». Es posible que lo repitiera realmente, palabra por palabra, nuestro Señor cuando colgaba de la cruz; sería demasiado atrevido afirmar que esto tuvo lugar, pero incluso el lector casual no puede por menos que preguntarse si no fue así. Empieza con «Dios mío, Dios mío, ¿por qué me has desamparado?», y termina, según algunos, en el original, con «Consumado es». Para hallar expresiones de gemidos que se elevan desde las profundidades inexpresables del sufrimiento, podemos decir que no hay ningún Salmo como éste.(3)

Le vemos muriendo en medio de horribles dolores y terrible angustia (vv. 14, 15), porque estaba hecho pecado, no sólo víctima por el pecado, sino responsable del pecado (2 Co. 5:21): Se siente *derramado como agua, derritiéndosele el corazón como la cera, tan seca la lengua que se le pega al paladar; el vigor de su cuerpo ha perdido su frescor como un tiesto*. En fin, presto para yacer *en el polvo de la muerte*. El pecador había perdido su derecho a la vida y, por ello, era menester que la vida de la víctima fuese ofrecida como rescate para Él. Cristo cumplía así la sentencia dictada contra Adán (Gn. 3:19): «*pues polvo eres, y al polvo volverás*». ¡Cuán diferente es la descripción que el Salmo 22 (y los Evangelios) nos hacen de Cristo moribundo, de la que se suele representar en los «crucifijos» (imagen plácida, pacífica, casi sin dolor)!...

Le vemos desnudado. La vergüenza por la desnudez fue consecuencia inmediata del pecado (Gn 3:7); por eso, el Señor Jesucristo fue despojado de sus ropas al ser crucificado, a fin de que nosotros fuésemos cubiertos con el manto de su justicia y no pueda verse la vergüenza de nuestra desnudez...

Cristo Jesús, en su agonía del huerto, había orado para que pasara de Él la copa del dolor...descuido». Pide ser librado *de la espada*, es decir, de la muerte violenta; en el caso de Cristo puede interpretarse como la espada de la ira de Dios, la espada flameante que impedía el acceso al árbol de la vida (Gn. 3:24)... La oración de Cristo fue oída, pues el Padre no permitió que su Santo viese la corrupción (Hch. 2:27), sino que, al tercer día, le resucitó de los muertos y lo levantó del polvo de la tierra lo cual fue un ejemplo del favor de Dios mucho mayor que si le hubiese permitido bajar de la cruz, pues esto último habría obstaculizado su obra, mientras que la resurrección la coronaba.(4)

¿Cuál es la gran causa de este extraño hecho, que Dios abandone a su propio Hijo en un momento de aflicción tan intensa? No hay causa en El; ¿por qué, pues, le ha desamparado?...

Es algo que ha tenido lugar, y el Salvador está sintiendo su efecto cuando hace la pregunta; ¡sin duda es cierta, por más que sea tan misteriosa! No era una «amenaza,» de ser desamparado lo que le hace clamar hacia la gran Seguridad; El está sufriendo este desamparo en la realidad pura...

Puedo entender por qué el traidor Judas y el tímido Pedro no se hallaban allí, pero ¡que Tú, mi Dios, mi fiel Amigo, me hayas desamparado! Esto es lo peor de todo, sí, peor que todo lo demás junto. El infierno mismo tiene como su peor llama la separación del alma de Dios...

Tu Hijo inocente, obediente, sufrido, ¿por qué desampararme cuando estoy pereciendo? La idea de uno mismo sometido a penitencia, y la vista de Jesús en la cruz, vistas por la fe, pueden explicarnos mejor esta pregunta. Jesús es desamparado porque nuestros pecados se han interpuesto entre nosotros y nuestro Dios...

¡Oh!, cómo se funden de amor nuestros propios corazones cuando recordamos cómo nos hemos afligido nosotros por nuestros pecados contra Él; ¡cuánto mayores, eran sus agonías por nosotros! Hemos sufrido hiel y ajenjo, pero **Él ha gustado una, copa más amarga. La ira de Dios ha secado nuestros espíritus, pero El fue abrasado con ira flameante...**

Él se sintió comparable a un gusano, inerte, impotente, pisado por todos, pasivo, cuando era aplastado y despreciado por los que le hollaban. Selecciona la más humilde de las criaturas, que es todo carne, y que cuando es aplastada es una masa que se retuerce, privada de todo poder excepto fuerza para sufrir...

Él que, vino para realizar la gran obra de nuestra redención, cubrió y escondió su divinidad dentro del gusano de su naturaleza humana. La gran serpiente de agua, Leviatán, el diablo, pensando engullir al gusano de su humanidad, quedó prendido del anzuelo de su divinidad. Este anzuelo se quedó clavado en sus fauces, y las desgarró. Pensando destruir a Cristo, destruyó su propio reinado y perdió su propio poder para siempre...

Vers. 7. Todos los que me ven me escarnecen; tuercen los labios, menean la cabeza. Los sacerdotes y el pueblo, los judíos y los gentiles, los soldados y los civiles, todos se unieron en su mofa general, y esto en el momento en que se hallaba postrado en la debilidad y a punto de morir. ¿De qué hemos de maravillarnos más, de la crueldad del hombre o del amor del Salvador sangrante? ¿Cómo podemos quejarnos de ser ridiculizados, después de esto?...

Los hombres le hacen muecas a Aquel delante del cual los ángeles cubren su rostro y adoran. Las formas más bajas de desdén le fueron aplicadas maliciosamente...

Vers. 10. Sobre Ti fui echado desde el seno; desde el vientre de mi madre Tú eres mi Dios. Nuestro nacimiento es el momento más débil y peligroso de la existencia; si entonces estábamos seguros en la ternura del Omnipotente, sin duda no tenemos motivo ahora para sospechar que la bondad divina nos va a fallar. El que era nuestro Dios cuando dejamos a nuestra madre, estará con nosotros hasta que volvamos a la tierra, y nos guardará de perecer en el infierno...

Vers. 17. Contar puedo todos mis huesos. ¡ Ah, si nos preocupáramos menos del disfrute y solaz de nuestro cuerpo y más de los negocios de nuestro Padre Celestial! Sería mejor que contáramos los huesos de un cuerpo extenuado, que ser causa de que nuestras almas sean enjutas...

Entretanto, ellos me miran y me observan. Sonrojémonos por la naturaleza humana, y sintamos simpatía ante la vergüenza de nuestro Redentor. El primer Adán nos hizo a todos desnudos, y por tanto el segundo Adán se desnudó para poder vestir nuestras almas desnudas...

Vers. 21. Sálvame de las fauces del león. Satanás es llamado león, y es apropiado; porque tiene los rasgos del león: es atrevido, fuerte, furioso, terrible como un león rugiente. Sí, pero hay más: el león carece de sutileza y suspicacia; aquí el demonio está más allá del león. El león desdeña atacar al postrado; el diablo se aprovecha de ello...

El león, cuando está harto, no caza; el diablo está harto y devora. Lo busca todo; que el simple no diga: «No se fijará en mi»; ni el astuto: «No me podrá cazar»; ni el noble: «No se atreverá conmigo»; ni el rico: «No querrá habérselas conmigo»; porque él busca y devora a todos. El es nuestro adversario común; por tanto, dejemos de tener altercados entre nosotros y luchemos contra él...

Vers. 29. Nadie puede conservar la vida de su propia alma. Esta es la solemne contrapartida del mensaje del Evangelio de «mira y vivirás». No hay Salvación fuera de Cristo Jesús. Hemos de conservar la vida, y tener la vida de Jesucristo como un don, o pereceremos eternamente. Esta es una doctrina evangélica muy sólida, y debería ser proclamada en cada rincón de la tierra, para que, como un gran martillo, pueda desmenuzar la confianza propia en todos.(3)

CONCLUSIÓN:

Este Salmo tiene su plena aplicación a Jesucristo, quien, con las palabras de dicho versículo, derramó su alma delante de Dios cuando pendía de la cruz (Mt. 27:46; Mr. 15:34). Es más que probable que repitiera todo el salmo. Puede verse el comentario a los citados lugares de los Evangelios. Baste decir que, *habiendo sido Cristo hecho pecado por nosotros* (2a. Co. 5:21) *Jehová quiso quebrantarlo, sujetándole a padecimiento* (Is. 53:10).(3)

El Salmo 22 comienza con la cuarta palabra de la cruz, el grito de la expiación. Pero termina con las palabras: «*Él hizo esto*», que tendrían exactamente el mismo significado que la séptima palabra de la cruz: «*¡consumado es!*» (Jn. 19:30). A lo largo de los siglos la buena nueva será pasada de generación en generación con asombro y gratitud, que Cristo Jesús lo ha hecho todo.(5)

Jesucristo vinculó nuestro perdón con su muerte. Eso es lo que Él dijo. Pero ¿cómo podemos saber si tenía razón, de que efectivamente consiguió por su muerte lo que dijo, y que Dios el Padre aceptó su muerte en nuestro lugar como sacrificio final, perfecto y suficiente por nuestros pecados?...

La respuesta es que, si no hubiera resucitado, nunca lo habiéramos sabido. Más aun, sin ésta tendríamos que llegar a la conclusión de que la muerte de Jesucristo fue un fiasco. El Apóstol Pablo percibió esta lógica con claridad. Si Cristo Jesús un hubiera resucitado, escribió, tendríamos que entender que los Apóstoles son testigos falsos, que los cristianos no han sido perdonados y que los que murieron creyendo en Él han perecido para siempre...

Pero la realidad, continuó Pablo, Jesucristo fue levantado de entre los muertos, y al levantarlo Dios el Padre nos confirmó que aprobaba su muerte en la que cargó nuestros pecados, que Cristo Jesús no había muerto en vano, y que aquellos que confían en fe en Él recibirán perdón de los pecados total y gratuito.(1)

Cantemos "Glorioso intercambio" como recuerdo de esta verdad.

¡S.D.G.!

BIBLIOGRAFÍA:

- 1.- TODA LA BIBLIA EN UN AÑO. John Stott Edit. Certeza.
- 2.- CAMINAR CON DIOS (Los patriarcas de Génesis). Vol 1. Pedro Fuentes. Edit. Sembrar.
- 3.- EL TESORO DE DAVID Charles Spurgeon.
- 4.- COMENTARIO BÍBLICO DE MATTHEW HENRY (Traducido y adaptado al castellano por FRANCISCO LACUEVA). Edit. Clie.
- 5.- COMENTARIO BÍBLICO. William Mac Donald. Edit. Clie.